
LYN
STONE
EL ESCOCÉS
HARLEQUIN INTERNACIONAL
NARRATIVA

Uno

Edimburgo, 1856

James Garrow hacía girar lentamente su segunda jarra de cerveza con el dedo índice y el pulgar mientras contaba mentalmente las libras esterlinas que había ganado en las últimas dos semanas. Una mera fracción de lo que necesitaba para sacar adelante al resto del clan hasta el próximo verano pero, aun así, más de lo esperado. La cantería no estaba muy bien pagada pero, con tantas construcciones nuevas, era un trabajo estable. Los títulos que había obtenido estudiando arquitectura no le estaban sirviendo de mucho.

Paseó la mirada alrededor con una mueca de pesar. La posada El Puerco y la Trufa, a pesar de su nombre, procuraba sábanas limpias, comida decente y cerveza pasable. La habitación privada que había alquilado cabría limpiamente en el guardarropa de su residencia habitual pero, a pesar de la soledad de la ciudad, prefería disponer de un espacio pequeño que compartir otro

con un desconocido. ¡Dios, se alegraría de regresar a las Tierras Altas escocesas! Antes de la primera nevada, se prometió.

Aguzó el oído al oír el nombre que mencionaban en la mesa situada a su espalda. Eastonby. ¿El conde? James se repantigó en la silla para acercarse unos centímetros y escuchó la silenciosa conversación con interés.

—Me han dicho que la chica está con él —susurró una voz áspera.

—Tanto mejor —repuso otro hombre, con acento suave y cultivado.

—Se armará un buen alboroto —le advirtió el primero—. Matar a un hombre es una cosa, pero...

—¿Quieres el dinero? —fue la persuasiva pregunta—. Pues haz lo que te digo. Tendrás a la mujer —añadió con un gruñido sugerente.

—Entonces, ¿lo asaltaremos en la carretera de York?

Una carcajada grave y ronca; después, una confirmación casi inaudible.

—En cuanto salga de la ciudad. Y no ha de sobrevivir nadie, ¿entendido?

La misma voz, la cultivada, indicó a continuación el lugar exacto en que tendría lugar el ataque y siguió comentando los detalles del plan.

¿Estarían borrachos como una cuba para urdir planes como aquél en un lugar público? Advirtió que el resto de la clientela, más bien escasa, estaba absorta bebiendo y demasiado lejos para oír-

los. James tampoco estaba cerca, pero tenía un oído muy fino que maravillaba a la gente.

Como todavía no les había visto la cara, pensó en cómo lograrlo sin levantarse, rodear la mesa y alertarlos de que los había oído. Enderezó la espalda despacio; después, se dejó caer sobre la mesa y, vaciando la jarra hacia atrás, resbaló hasta el suelo, como si estuviera borracho.

Como había imaginado, los conspiradores se volvieron bruscamente para ver a qué se debía el alboroto. Maldiciéndolo y quejándose ruidosamente por que los hubiera salpicado de cerveza, se levantaron de la mesa. James desplegó una sonrisa boba y los miró con ojos entrecerrados hasta que grabó sus rostros en la memoria; después, suspiró ruidosamente y fingió quedarse dormido. El más bajito le dio un fuerte puntapié en la pierna, pero James permaneció inmóvil. Después, los dos salieron de la taberna, todavía protestando por las salpicaduras.

No había reconocido a ninguno de los dos. Cuando la puerta se cerró tras ellos, James se volvió de costado y fingió levantarse con esfuerzo. Avanzó tambaleándose hacia la puerta de atrás, como si necesitara hacer sus menesteres, y dejó la pose de borracho en cuanto salió. Logró rodear el edificio y alcanzar la entrada principal de la posada justo cuando se separaban los dos hombres. Ciñéndose a las sombras, siguió al dandi. Debía alertar a Eastonby.

A la mañana siguiente, James se despertó

temprano, se puso su mejor traje y se dirigió al palacio, confiando en que el conde no se hubiera ido todavía, si es que era allí donde se alojaba. Un noble estaría invitado a hospedarse allí, pensó.

Resultó que el conde no se alojaba en el palacio, pero James pudo verificar que seguía en la ciudad. Tras muchas molestias y un largo paseo, James tuvo que aguardar con impaciencia a que Eastonby lo recibiera en el hotel Escudo Real.

Tuvo que recordar una y otra vez por qué merecía la pena salvar la vida de un inglés que mataba de hambre a sus arrendatarios y descuidaba su finca. Pero también había una mujer en peligro, se dijo. James no podía irse sin hacer lo posible por impedir aquel asesinato.

—Por aquí —le ordenó un empleado vestido con librea, quien lo condujo a la tercera planta y llamó a la puerta. Cuando los hicieron pasar, James siguió al hombre a una elegante sala de estar donde un distinguido caballero de cabellos grises estaba firmando una especie de documento sentado tras un voluminoso escritorio.

—El señor Garrow, milord —dijo el lacayo al tiempo que retrocedía hacia la puerta. El conde siguió adelante con la tarea.

Por el umbral que comunicaba con otra habitación de la suite, James avistó a una muchacha pelirroja que leía un libro acurrucada en una silla.

Al principio, le pareció una chiquilla, puesto

que veía la silla de perfil. Ella estaba sentada de lado, con la espalda apoyada en un brazo y las piernas cayendo sobre el otro, frente a él. Lo único que podía verle era la cabeza inclinada, con su bonita masa de rizos llameantes derramándose sobre el libro abierto que descansaba en sus rodillas. Unos tobillos esbeltos y pies menudos envueltos en medias se balanceaban distraídamente entre la masa nívea de enaguas. La joven movía los dedos de los pies.

Aquélla debía de ser la joven a quien los hombres pensaban matar, después de hacerle cosas peores. Vio que levantaba la vista de la página y le sonrió. La joven frunció el ceño, se puso en pie de inmediato, se acercó a la puerta y la cerró con fuerza. No era una chiquilla, advirtió James, sino toda una mujer. Y bonita, de unos veintitantos años.

El hombre del escritorio se mostraba igual de ansioso por saludarlo que la muchacha. Como James no podía perder más tiempo, tomó la iniciativa.

—Entonces, ¿es usted lord Eastonby? —preguntó.

El hombre se volvió, dejó a un lado la pluma, inspiró con impaciencia y confirmó su identidad.

—En efecto. Exponga el motivo de su visita. Es usted el señor Garrow, ¿verdad?

—Sí, terrateniente de Galioch, que linda con su finca del norte.

—¿Drevers? —preguntó el conde.

—Sí, pero no es por eso por lo que he venido. Anoche oí casualmente que amenazaban contra su vida y he venido a prevenirlo.

El conde torció los labios con ironía.

—Y supongo que debo recompensarlo generosamente por esa información, ¿no?

James inspiró hondo y reprimió su enojo. Había personas recelosas por naturaleza; no debía ver la paja en el ojo ajeno cuando él tampoco era muy confiado.

—No, no requiero monedas por hacer lo que considero correcto. Hay un plan para asaltarlo en Solly's Copse, a las afueras de la ciudad, y para acabar con usted y con quienquiera que lo acompañe —lanzó una mirada significativa hacia la puerta que acababa de cerrar la muchacha—. Mencionaron a una mujer.

El conde abrió los ojos con sorpresa. Empujó la silla hacia atrás y se puso en pie para acercarse a James y escrutar su rostro, como si quisiera descubrir si mentía.

—¿Está seguro?

—Sí. Eran dos hombres. Uno reside en la posada El Marino y se hace llamar Ensmore. Me pareció un hombre culto, pero el posadero desconocía su rango. Sólo pude seguir a ése, así que no sé nada del otro, pero es un hombre vulgar, de modales toscos. Y violento —añadió James, al recordar la patada—. Haga lo que crea conveniente con la advertencia. Que tenga un buen día.

Cumplido su deber, James se volvió con intención de marcharse. Ya había perdido dos horas de trabajo y debía regresar a la obra.

—¡Espere! —le pidió el conde.

—Contrate escoltas a caballo y ármese. No le pasará nada —lo tranquilizó James—. Buena suerte.

—¡Deténgase! No puede entrar aquí con una noticia como ésa y marcharse sin más —declaró Eastonby.

—Puedo y debo, señor. Nada me detiene. He dicho lo que venía a decir.

De pronto, el conde se volvió amable, forzó una sonrisa y señaló los sillones agrupados cerca de la chimenea.

—Venga, reconozco que me precipité un poco desdeñando su información de esa manera. Perdóneme si lo he ofendido. Permítame que le ofrezca una copa, como mínimo, en señal de gratitud.

—Es demasiado pronto para beber y no tolero el té —dijo James, impaciente por marcharse.

—Se lo ruego —insistió el conde—. Quédese un rato. Necesito saber algo más.

Resignándose a estar otra hora sin esgrimir el cincel y las limas, James accedió a los deseos del conde y tomó asiento en una de las elegantes sillas de brocado que el hombre había señalado. Le relató brevemente todo lo que había oído en la taberna y lo que había descubierto sobre el hombre que urdía el plan.

El conde asintió, se inclinó hacia delante y concedió a James toda su atención. Por segunda vez, pero con sinceridad en aquella ocasión, le ofreció una recompensa.

—¿No quiere aceptar algo por las molestias de anoche? Se tomó mucho trabajo, y es muy posible que nos haya salvado la vida a mi hija y a mí. Estoy en deuda con usted, Garrow.

—No, he dicho que no aceptaría nada y hablaba en serio —James se miró las manos arañadas y callosas cuando advirtió que su anfitrión se fijaba en ellas.

—Ya veo que trabaja duro para ganarse la vida —observó el hombre.

—Cierto.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿a qué se dedica?

Como se lo había preguntado amablemente y parecía genuinamente interesado, James no tuvo reparos en contestar. Era un trabajo honrado.

—Labro la piedra.

—Y también es terrateniente de... ¿Galioch, verdad? ¿Necesita ingresos de más para mantener su propiedad?

—En efecto —casi podía ver los engranajes del cerebro del conde, tratando de idear cómo pagar lo que consideraba una deuda sin ofenderlo—. No me debe nada —insistió James—, pero hay otra cuestión que me gustaría abordar, ya que se me ha presentado la oportunidad. No estaría mal que se ocupara de alimentar a sus arren-

datarios de Drevers. Confieso que ha sido un chorreo para los recursos de Galioch.

—¿A mis arrendatarios? —el conde frunció el ceño—. ¿Cómo que los alimente? El señor Colin, mi administrador, es quien los mantiene.

James se puso en pie.

—Sí, bueno, recoge las rentas y la lana durante la temporada de esquileo, nada más. La mayoría ha abandonado el campo, pero unos cuantos no quieren renunciar a lo que han considerado suyo durante siglos. No puedo permitir que se mueran de hambre. Si usted no se ocupa de ellos, soy yo quien debe hacerlo. Son mis vecinos, ¿entiende? Y muchos, buenos amigos míos.

La consternación que reflejaba el rostro del conde era más elocuente que cualquier defensa que hubiera podido alegar.

—Le aseguro que es la primera noticia que tengo, Garrow —dijo, y movió la cabeza al tiempo que le indicaba a James que volviera a sentarse—. No he estado en Drevers desde que la heredé cuando tenía veinte años. ¿Qué más debería saber? Usted parece un hombre honrado y ya me ha hecho un gran favor. Se lo ruego, hágame otro siendo franco.

—Bueno, su residencia se encuentra en un estado lamentable. Para serle sincero, la mía está peor, pero hago lo que puedo para cerciorarme de que mi gente tenga lo que necesita. La suya también, pero un poco de comida es a lo más que llego últimamente.

Eastonby exhaló un largo y sonoro suspiro. Guardó silencio durante unos minutos; después, miró a James directamente a los ojos.

—Es evidente que es usted un hombre de honor y compasión. Imagino que tendrá título.

—Barón, el decimocuarto del linaje. Concedido por el rey Jaime. A él debo su nombre, como todos los primogénitos de la familia.

—Garrow, dice. Tengo entendido que mi padre conocía a su abuelo —comentó el conde—. ¿Es católico?

James vaciló; después, se encogió de hombros y reconoció:

—No de forma evidente.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Está casado?

—No —respondió James, negándose a confesar el porqué. Pocas mujeres estarían dispuestas a vivir en Galioch o a casarse con un hombre que se pasaba la mitad del año fuera, trabajando como un campesino para llenar las despensas—. ¿Por qué lo pregunta?

El conde sonrió.

—Garrow, creo que usted y yo podemos hacer un trato que nos beneficiará a los dos. ¿Está dispuesto a escuchar?

James asintió. Creía adivinar la propuesta de Eastonby y le parecía sensata. Sustituir a Colin en el cargo de administrador de su finca sería preferible a los seis meses que debía pasar en Edimburgo cada año. Nadie lamentaría la marcha

de Frank Colin. En cuanto a su estado civil, el conde querría que la finca la administrara una familia, puesto que en el caso de Colin, que era soltero, no había funcionado bien.

—¿De qué se trata, señor?

—Garrow, pondré Drevers por entero a su nombre si se casa con mi hija Susanna —anunció el conde con orgullo, como si hubiera encontrado la solución a la paz en el mundo.

James preguntó lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Qué tiene de malo su hija?

En la habitación contigua, Susanna Childers escuchaba con la oreja pegada a la puerta. Al oír las palabras de su padre, cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes hasta que le dolieron. Un momento después, se apartó de la puerta para no oír la lista de lo que su padre consideraba sus fechorías.

Sabía que ella era la única culpable de haber acabado en Edimburgo, pero su padre no tenía derecho a casarla con un escocés. El escándalo acaecido en Londres acabaría olvidándose, y ella podría volver a casa. Pero no si se casaba y se enterraba viva en las lúgubres montañas del norte de Escocia, entre esa panda de salvajes. ¡Había oído cómo vivían esas gentes!

Se le pasó por la cabeza irrumpir en la habitación y protestar con tanta vehemencia que el

escocés saldría despavorido. Pero antes de poner la mano en el pomo, se lo pensó mejor. Aquella reacción reforzaría las acusaciones de su padre de impetuosidad y arrogancia. Le convendría más hablar con su padre más tarde y suplicar como una penitente.

La sola idea del matrimonio concertado contradecía todo lo que ella defendía. Las mujeres debían oponerse inquebrantablemente a que los hombres gobernaran sus vidas y las trataran como posesiones. ¿No había predicado eso a quienquiera que hubiera querido escucharla?

Sin embargo, exponer tales ideas en público era lo que la había puesto en aquel aprieto. Y la partida de cartas de la noche anterior no la había ayudado. Jamás debería haber apostado con su padre y, menos aún, su libertad para escoger su propio futuro. De pronto, tendría que arrojarse a sus pies y suplicarle que le perdonara la deuda o cumplir la apuesta y casarse con el hombre de la habitación contigua.

Ni hablar. Suplicaría hasta reventar. Si su padre se echaba atrás, le prometería que podría escoger al inglés que se le antojara. Juraría aceptar al hombre de su elección con elegancia y dignidad y mantener la boca callada. Cualquier cosa sería mejor que vivir en una sucia choza comiendo avena y cordero todos los días. A saber lo que aquellas gentes esperaban de sus mujeres, porque no podía ser nada que ella estuviera dispuesta a procurar.

La puerta se abrió y ella estuvo a punto de caer dentro del salón.

—Susanna —dijo su padre, con un ápice de censura en la voz—. Haz el favor de acompañarnos.

El escocés estaba apretando los labios, conteniendo una sonrisa; sus ojos verdes brillaban de regocijo. Susanna sintió deseos de arrojarle un jarrón a la cabeza. En cambio, se enderezó, levantó la barbilla y lo miró fijamente.

—Permíteme que te presente a mi hija, lady Susanna Childers. Susanna, éste es el barón James Garrow, señor de Galioch —entonó su padre, consciente de que ella había estado escuchando a través de la puerta y de que ya sabía quién era el desconocido. Éste también lo sabía y parecía hacerle mucha gracia.

—Encantada —Susanna se limitó a inclinar la cabeza en lugar de hacer una reverencia formal. Un error, a juzgar por el ceño fruncido de su padre. El escocés hizo una airosa reverencia.

—Lo mismo digo.

Al parecer, le habían enseñado algunos modales, concluyó Susanna. Aunque no los suficientes para que la llamara por su título ni para que se vistiera como era debido para una visita. Ni para respetar las horas acostumbradas de visita. Sí, les había hecho un gran servicio advirtiéndolos de un posible ataque, así que podía perdonarlo por esa falta de etiqueta.

—Haz compañía a nuestro invitado un momento, Susanna. Enseguida vuelvo.

—¡Padre, espera! —alargó la mano para agarrarle la manga, pero la mirada que le lanzó la detuvo. Se tragó el impulso de negarse y dio un pisotón, sabiendo lo inútil, por no hablar de lo humillante, que sería desafiar a su padre en público. Eso sellaría su destino. Con un poco de ingenio, quizá pudiera disuadirlo.

La puerta se cerró tras el conde. A Susanna no le quedaba más remedio que seguir adelante. Se volvió hacia el escocés.

—Entonces, ¿está disfrutando de sus vacaciones en Edimburgo?

—¿Vacaciones? —sonrió el hombre, una expresión especialmente osada que resultaba irritante. Después, señaló la puerta del dormitorio con la cabeza—. ¿Tan mal oído tienes, muchacha, o era la puerta demasiado gruesa?

Susanna se aferró a su mirada de inocencia.

—Creo que no lo entiendo, señor.

El hombre suspiró y paseó la mirada por la habitación, posándola en cualquier sitio menos en ella.

—Pues apostaría mi último sueldo a que has oído toda la conversación. Claro que no te lo echo en cara. Lo que no entiendo es por qué no has pataleado todavía —posó sus curiosos ojos verdes en ella—. ¿Tan desesperada estás por casarte?

Susanna apenas podía respirar de lo furiosa que estaba.

—¡Y a usted no le vienen nada mal las tierras

que le ha ofrecido mi padre para deshacerse de mí! —le espetó—. ¿Se imagina lo ofensivo que es esto? ¿Y lo peligroso?

—¿Peligroso? —enarcó las cejas.

—¡Sí, peligroso! ¿Cree que no sé que, cuando una mujer se casa, todo lo que posee, hereda o gana pasa a manos de su marido y éste puede disponer de ello como quiera? ¡Hasta puede hacer con su persona lo que le plazca! ¿Por qué iba a echar a perder mi vida y a aceptar algo equivalente a la esclavitud?

—Ah, estoy oyendo a la señora Wollstonecraft.

Susanna clavó la mirada en él.

—¿Ha leído sus opiniones?

—No, pero he oído hablar de ellas. Yo no he creado esas leyes de las que habla —protestó—. Es cierto que no son justas, y lo lamento, pero...

—¡Cómo se atreve a compadecerse de mí, desvergonzado! —le advirtió Susanna, respirando con tanta agitación que creyó estar a punto de desmayarse. Cerró los puños en el regazo para no levantarlos de pura rabia.

—Pues te compadezco, muchacha —reconoció—. Siento una enorme compasión por cualquier mujer que se encuentre en tu misma situación —se detuvo un momento a pensar; después, pareció haber tomado una decisión—. Dirigir una finca del tamaño de Drevers no es tarea fácil. Si nos casamos, me encargaré de que tu padre ponga la finca a tu nombre.

Susanna resopló.

—¿Y de qué servirá? Sabe muy bien que una esposa no puede tener sus propios bienes.

—Pues tú los tendrás. Prometo ponerlos a tu nombre y sólo al tuyo. Creo que podrá hacerse. Lo único que quiero es el cargo de administrador y una paga justa por el trabajo. Tengo gente a la que alimentar y tú tendrás la misma responsabilidad si accedes a esto.

—¡Ja! —Susanna elevó las manos—. ¿Por qué iba a confiar en usted? ¡Ni siquiera lo conozco, señor!

—Porque te doy mi palabra. Si fuera esclavo de la codicia, no estaría aquí, perdiendo la paga de un día. Y habría exigido una recompensa, ¿no?

Las faldas ondeaban en torno a los tobillos de Susanna cuando empezó a dar vueltas por el salón.

—¡Usted está loco! ¡Y mi padre también!

El escocés rió.

—Pero ninguno de los dos está tan loco como tú, a juzgar por el fuego de tu mirada. Y son bonitos tus ojos, a pesar de la furia que hay en ellos.

Susanna se detuvo justo frente a él, en jarras.

—¿Por qué considera siquiera la posibilidad de casarse conmigo? ¿Sabe el infierno en que podría convertir su vida, Garrow? ¿Se lo imagina?

Él contestó con suavidad.

—Ya me han prevenido. Dime, ¿apuestas?

Parpadeó.

—¿Que si apuesto? —tras la desafortunada partida con su padre, no volvería a tocar otra baraja mientras viviera—. ¡Por supuesto que no! No dejo nada al azar —declaró acaloradamente.

—Entonces, nos avendremos —dijo el escocés con una breve inclinación de cabeza.

Cuando ella abrió la boca para replicar, él la sujetó por los hombros y la besó con fuerza. Conmocionada, sintió la embriagadora tibieza y el sabor dulce a café de su lengua. Por una extraña razón, no tenía fuerzas para levantar los puños y golpearlo. Nadie la había besado nunca de aquella manera.

Atónita y maldiciendo sus sentidos abrumados, Susanna, se apartó. Él la soltó de inmediato.

En lugar de la sonrisa satisfecha y lasciva que había esperado ver, el escocés tenía un semblante casi humilde.

—Cásate conmigo, Susanna Childers. Prometo por mi honor hacer todo lo posible para procurarte la libertad que deseas. La que se merece cualquier muchacha de espíritu valiente.

Libertad. Conque había adivinado cuál era su mayor deseo.

De pronto, Susanna comprendió por qué le estaba ofreciendo lo que más anhelaba.

—Eres tú —susurró, al tiempo que lo observaba con ojos entornados—. ¡Eres tú el que está desesperado!

—Sí —reconoció con suavidad, con sonrisa

irónica—. Es cierto que lo estoy —después, prosiguió con pragmatismo—. Tú no puedes volver a Londres y tu padre no piensa dejarte aquí sola. ¿Lo has oído? Dice que puedes elegir entre tu prima de York, con todos esos chiquillos a los que cuidar, y yo. Allí dudo que puedas tomar tus propias decisiones. Conmigo, no tendrás a nadie a quien rendir cuentas salvo a mí.

—¿York? No, me he perdido esa parte —retrocedió hasta una silla y se sentó para reflexionar—. ¡Córcholis! —Garrow tenía razón acerca de la prima Matilda. Era una sargenta y sus hijos cuatro diablillos. Susanna volvió a mirar al escocés. Pero ¿cómo podría vivir en las Tierras Altas, rodeada de desconocidos que recelarían de ella, una inglesa? ¿Cómo podría vivir con un hombre que le robaba el sentido con un solo beso?

Suspiró, desesperada. Pero aborrecía a los hijos de Matilda, y el marido de su prima era un viejo lascivo que perseguía a las doncellas como un colegial incontenible. Y a ella no le apetecía recibir sus más que probables atenciones.

El escocés se erguía ante ella, con las manos entrelazadas a la espalda, esperando pacientemente a que se decidiera.

—Nuestro matrimonio no se consumiría, por supuesto —declaró Susanna.

—De eso nada, muchacha —movió la cabeza despacio—. No estoy tan desesperado.

Ella tragó saliva al imaginar lo que esperaría

de ella. Aunque no conocía todos los detalles, sabía que no sería agradable. Había oído susurros.

—Pero me darías tiempo... tiempo para adaptarme. ¿Para conocerte? —detestaba el tono de súplica de su voz.

—Todo el tiempo que necesites —le prometió, pero matizó—, siempre que sea razonable. Tarde o temprano necesitaré herederos, y tú también. ¿En quién recaerá el título de conde sino en tu hijo? Tu padre me ha dicho que te acercas a los veinticinco, y yo ya casi tengo treinta. No hará ningún bien esperar años, pero no es una necesidad imperiosa.

Susanna se levantó de la silla; se sentía en desventaja por tener que levantar la barbilla para mirarlo. Sin embargo, aun de pie, tenía que hacerlo. El escocés era increíblemente alto. Y bien formado, advirtió, intentando evaluarlo como haría antes de comprar un caballo.

Tenía rasgos agradables, sobre todo, los ojos verdes circundados de negras pestañas y los labios siempre prontos a sonreír. Y a besar de manera exquisita, recordó a regañadientes. Alguien le había roto la nariz, lo cual le confería un aire de halcón. Sí, debía reconocer que el escocés era apuesto, aunque de manera un poco tosca.

A su pelo oscuro y ondulado no le vendrían mal unas tijeras. Desde luego, necesitaba que alguien lo aconsejara en cuestión de vestimenta.

Aquel traje, con la corbata torcida y el cuello arrugado, era atroz.

Tampoco le parecía terriblemente inteligente. ¿Qué hombre con un ápice de sentido común se arriesgaría a casarse con una mujer cuya lista de defectos había sido enumerada por un padre ansioso por deshacerse de ella? En cualquier caso, daba la impresión de ser un hombre al que podía superar fácilmente en ingenio. Eso era un tanto a su favor, pensó Susanna.

Aparte de eso, era muy poco probable que encontrara una opción mejor en York. No le quedaba más remedio que correr el riesgo y aceptar.

—Muy bien, acepto tu proposición de matrimonio —anunció en tono formal—. Pero no sin condiciones.

—Sí, las habrá —corroboró—. Empieza tú con las tuyas.

Sorprendida de que hubiese accedido, Susanna tuvo que pensar deprisa.

—Eh... Bueno, necesitaré el tiempo al que me refería hace un momento. Ya sabes, antes de que... —no dejaba de mover las manos, y las entrelazó por delante.

—Ya te lo he concedido —asintió el escocés—. ¿Algo más?

Ella apretó los labios.

—Nunca me impongas tu voluntad. Libertad para ir y venir como me plazca, sin hacer preguntas.

—¿Ir y venir adónde? No hay mucho tránsito

en las Tierras Altas, muchacha. Viajaremos aquí o a Glasgow un par de veces al año, supongo. No es sensato que salgas sola.

—Mmm. Empiezo a comprender por qué a mi padre le parece beneficioso este trato. ¿Cuáles son tus requisitos?

—Nada de apuestas. Lealtad a mi gente y a la tuya. Fidelidad —dijo con gravedad—. Y que seas justa en tus decisiones.

Susanna aguardó un momento. Al ver que él no decía nada, preguntó:

—¿Nada más?

—Si lo piensas, es bastante, muchacha.

—No más de lo que habría dado sin que me lo pidieras. Pero tengo una exigencia más, lord Garrow.

—Me llamo James —le informó.

Susanna siguió adelante con su petición, esperando que se opusiera.

—Debes permitir que exprese mi opinión en todas las cuestiones a cualquiera, como quiera, sin censurarme, aunque no coincidas conmigo.

La sonrisa bromista la tomó por sorpresa.

—¿Censurarte? Eso significa castigo, ¿verdad?

—Sí, muchacho, eso es lo que significa —contestó, devolviéndole la sonrisa al tiempo que imitaba desvergonzadamente su forma de hablar.

James movió la cabeza y rió, un sonido alegre que la hizo reír a ella también. Era maravilloso sentirse alegre. Y lo era aún más saber que no

tendría que suplicarle nada a su padre, ni preocuparse por sus críticas, ni ceder a los deseos de ningún hombre, nunca más. A aquél lo tendría comiendo de su mano enseguida. Lo sabía. Por fin, podría liberarse de todas las constricciones a las que habían estado sometidas las mujeres durante siglos y así, alentar a otras.

Su padre regresó en aquel momento. Entró en la habitación como si llegara dispuesto a calmar la tormenta que había estallado en su ausencia. Se detuvo en seco, claramente perplejo por su alegría.

—¿Qué...? ¿Qué has decidido?

—Vamos, padre, ¿no tenías el oído pegado a la puerta? ¿O estás un poco sordo? ¿No lo sabes? Jamie y yo estamos prometidos.

El escocés rió aún con más fuerza y le rodeó la cintura con un poderoso brazo, la acercó a él y le plantó un sonoro beso en la sien. Susanna se lo permitió sin protestar. No era tan terrible.

Aunque su motivación fuera la codicia de poseer Drevers, la desesperación de encontrar trabajo o la sencilla falta de sentido común, Susanna disfrutó de la insólita sensación de ser apreciada. Le pasó un brazo por la cintura y le devolvió el abrazo. Sólo lo hacía para irritar a su padre, pero le gustaba tener un aliado, aunque el escocés no lo supiera.

Sí, podría manejarlo sin problemas. En menos de un año, lo habría convencido de que debían vivir en Londres, donde podría retomar su cruza-

da. Su padre no tendría derecho a impedírselo la próxima vez, y su marido no se lo prohibiría en cuanto empleara sus armas de seducción con él. Porque tenía armas de seducción, estaba casi segura.

¿Quién habría dicho que la suerte volvería a sonreírle de una manera tan extraña y veloz? Era una prueba sólida de la legitimidad de su causa.

Dos

James solía oponerse a los cambios, pero poco podía decir a favor de su statu quo actual. Casarse parecía, por un lado, una temeridad. Apenas podía mantener a las almas que tenía a su cuidado. Sin embargo, dudaba que Eastonby le concediera la administración de Drevers si no se casaba con su hija.

Trabajar tan cerca de casa, sin la necesidad de estar fuera la mitad del año, lo beneficiaría tanto a él como a su clan. Y, sin duda, los arrendatarios de Drevers saldrían mejor parados. James no podía anteponer sus preferencias cuando aquello afectaría a tantas vidas además de la suya.

Para ser sincero, debía reconocer que la idea de casarse no lo contrariaba del todo. Susanna Childers tenía una chispa que despertaba la expectación y la emoción que James había creído muertas y enterradas junto con su infancia. La muchacha demostraría ser una aventura, no había

duda. No sería fácil de domar, pensó con una sonrisa. No, sería gloriosamente difícil.

Aparte de su madre, las mujeres nunca le habían dado problemas. Había habido unas cuantas, más en la juventud que últimamente, debido a las restricciones de tiempo y fondos que dedicar al placer. Hasta las mujeres más temperamentales habían reaccionado a la razón o, si no, al afecto.

No tenía motivos para pensar que una esposa reaccionaría de otra manera. Le gustaban las mujeres y éstas parecían comprenderlo. También sabía que no debía amarlas. Se había cerciorado de que ellas también comprendieran eso.

Había querido a su madre, por supuesto. Sin embargo, no se le pasaba por alto cómo había afectado el amor a él y a su padre. Éste había sufrido como un condenado en su intento de complacer a una esposa que medía el éxito por las posesiones y por el número de personas ante las que podía alardear. Diez años después de su muerte, James y el clan entero seguían sufriendo las consecuencias del amor de su madre por las apuestas y por el derroche. Y el suyo también, reconoció.

Durante los últimos cuatro años de vida de sus padres, el propio James había mermado considerablemente la fortuna familiar obteniendo una formación inútil y viajando para adquirir el lustre de un joven noble experimentado como aquéllos a los que admiraba su madre. Había creí-

do tontamente que, mejorándose de aquella manera, conseguiría su aprobación, si no su amor. Quizá le señalara con orgullo algún día, había creído en su momento.

La culpa que sentía por su presunción y por el coste de ésta lo roía constantemente, aunque no hubiera sabido en su momento que la fortuna familiar se encontraba en un estado deplorable. Bueno, su matrimonio y su nuevo cargo compensarían su estupidez.

—¿Eres optimista? —le preguntó Eastonby, como si le hubiese leído el pensamiento. James puso los ojos en blanco.

—Difícilmente.

—Yo tampoco. Pero creo que Susanna y tú os complementaréis, de lo contrario, no habría sugerido este matrimonio. Ella necesita una mano firme pero no cruel, Garrow. Más importante aún, quiero que se aleje de esas alborotadoras de Londres. Esa Bodichon ha estado a punto de arruinar nuestro buen nombre utilizando a Susanna para balbucir todas esas tonterías de que hay que liberar a las mujeres de sus ataduras. Los periódicos llegaron a publicar el nombre de mi hija, ¿te lo imaginas? Uno sabe que a una mujer decente jamás se la menciona en la prensa si no es para anunciar su boda o su funeral. Su madre se habría escandalizado.

—Lo avergonzó, ¿eh? —preguntó James, sintiendo un leve enojo hacia Eastonby y bastante satisfacción con Susanna por su valor en la

defensa de una causa, estuviera bien o mal. No le parecía una mujer dócil, sino de convicciones fuertes, y eso era digno de admiración.

—Mas que avergonzarme, me dejó atónito. Y debo reconocer que temí por ella. Hay personas poderosas a quienes les molesta que una mujer exprese sus opiniones en público. Susanna es apasionada cuando se embarca en una causa, pero también es un poco ingenua.

En opinión de James, la muchacha debía ser felicitada. No todas las mujeres se atrevían a denunciar las injusticias sin pensar en las consecuencias. Pero guardó silencio. No era el momento de entablar un debate sobre las maldades de la sociedad.

El conde tenía un semblante lúgubre mientras servía otro poco de licor en la fina copa de cristal.

—¿Más?

James asintió y le tendió la copa. Estaban bebiendo coñac para sellar el trato mientras la dama echaba un vistazo a su ropero del dormitorio y se ponía un vestido apropiado para una boda precipitada.

Tendría lugar aquella misma tarde, sin amonestaciones ni fanfarria, y la oficiaría un pastor presbiteriano que le debía un favor a Eastonby. Al parecer, el conde también conocía a uno de los magistrados, que fecharía la licencia unos días antes. Eso ya estaba resuelto, así como la adquisición de un anillo en una de las famosas joyerías de la ciudad. Era increíble lo que un

gran título podía lograr, por no hablar de la riqueza y la camaradería de antiguos compañeros de Oxford.

—Debo permanecer en Edimburgo durante, al menos, una semana más —le dijo James a Eastonby—. Tengo el compromiso de terminar el pórtico de un edificio. Después, estaré libre para viajar a su propiedad.

—Tu propiedad ahora, amigo mío —le recordó el conde.

James tomó un sorbo del suave coñac francés, apreciando cómo descendía por su garganta como fuego líquido. Era más suave que su whisky, incluso el añejo, pero el sabor era igual de bueno.

—Entonces, ¿partirá justo después de la ceremonia? —preguntó al conde. Éste asintió.

—Sí. Lamento no poder quedarme más tiempo y cenar con vosotros. Susanna y tú podréis alojaros en estas habitaciones hasta que partáis de Edimburgo, por supuesto.

—Lo acompañaré hasta Solly's Copse —anunció James; apuró el coñac y dejó la copa con un golpe seco. Eastonby lo miró con sorpresa.

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Puedo ocuparme de ese asunto.

—Es usted de la familia —se limitó a decir James—, o lo será esta noche. Lo acompañaré —cuando el conde hizo ademán de protestar de nuevo, James prosiguió—. He estado pensando; si contrata a varios jinetes para que lo escolten,

el asesino esperará a poder sorprenderlo en otro momento. Si voy, oculto en el carruaje, él y su hombre seguirán adelante con su plan. Los atraparemos.

—¡Por Júpiter! Tienes razón. No se me había ocurrido. Pero ¿y Susanna? No le hará gracia que su marido se vaya a hacer de escolta mientras ella languidece sola en su cena de bodas.

—¡Tonterías! —exclamó la dama en cuestión, que acababa de regresar al salón—. Ponme un poco de eso, ¿quieres? —le pidió a su padre—. Mi amado puede hacer lo que crea necesario para salvarte el pellejo, padre. ¿Valdrá este vestido? —giró en redondo.

—No seas impertinente, Suz —gruñó el conde, y tapó firme y deliberadamente la licorera de coñac.

—¿Yo? —su mirada inocente regocijaba a James. Era una granujilla—. Caramba, soy la pertinencia en persona. Díselo, querido.

Susanna había estado abrumándolo con apelativos cariñosos tratando de acrecentar la culpa de su padre por haberla casado. James no podía echárselo en cara.

—Tiene razón, señor —dijo James—. Al menos, en este caso es pertinente. Debo acompañarlo. De lo contrario, los dos nos preguntaríamos durante semanas si ha llegado vivo a Londres —centró su atención en ella—. Y ese vestido azul te favorece, Suz. Hace juego con tus bonitos ojos azules.

—No me llames Suz —siseó, y lanzó una fugaz mirada furibunda a su padre, seguramente, por haber revelado a James el diminutivo—. Lo detesto —con movimiento enérgico, enderezó una manga que ya estaba en su sitio y se puso los guantes.

James se limitó a sonreír. El nombre de Suz le sentaba a la perfección, era breve, dulce y suave. Cuando ella lo pronunciaba, fruncía los labios como si estuviera pidiéndole un beso. Quizá no volviera a llamarla de ninguna otra manera.

La razón no era la manera de ganarse a aquella mujer, concluyó. No, tendría que emplear afecto. Con las palabras apropiadas en los momentos apropiados, la dulcificaría en cuestión de dos semanas, a tiempo para su llegada a casa.

Susanna añoraba a su madre. En los tres años transcurridos desde la muerte de Anya Childers, había albergado un rencor que casi ensombrecía por completo todos los recuerdos felices que tenía de ella. Los acontecimientos de aquel día los habían sacado de su escondrijo.

En aquellos momentos, a punto de unir su futuro al de un desconocido, Susanna imaginaba a su madre sonriendo felizmente por la boda. Qué extraño, cuando las vicisitudes del matrimonio habían sido la causa misma de su muerte. La habían agotado los repetidos intentos de tener un hijo para complacer a su marido. Dos abortos